

del río, cuyas instalaciones fabriles estaban instaladas en dos edificios. Pertenecientes también a la Puebla de Montalbán se fundarían otros molinos harineros en la finca de Castrejón y en la Gramosilla si bien de menor capacidad de trituración.

Desde los islotes de Gramosilla, Castrejón, Tacones se elevan los cañares, empalizadas de troncos de grandes dimensiones, formando cercos de cañas, erigidos de punta a punta de la orilla con aparejos de pita que los pescadores solían colocar en los bajos fondos o esteros a los que se añadían cuerdas con bolas para fijarlas al suelo. Se recogían almejas, cuyos ejemplares más lejanos aparecieron en las excavaciones arqueológicas de un majuelo o viñedo de una villa del Bajo Imperio localizada en la finca de Higuera (Mocejón), probablemente sacados del agua mediante arneros. Tales islas y los molinos comienzan a identificarse como descansadero y arrimadero de la pequeña flota local compuesta por barcasas de un sólo remo cuyas capturas se empiezan a vender para su consumo diario en la venta de Gramosilla distante a 3Km del vecindario de la Puebla. El pescador es un avezado buscador de nidadales de ánades y patos que ahora sólo ejerce su oficio en los trechos de los remansos, que obtiene del río, la alimentación diaria y la intercambia por otros productos de su dieta como queso, miel o habas. A menudo es un laborioso hortelano que ejerce de aposentador de pescado fresco en las posadas del municipio.

Desde principios del S.XVII, las artes de pesca se encaminaban a una mayor perfección técnica para incrementar las capturas en los bancos centrales de peces de gran tamaño y buen paladar como los lucios, los barbos, las tencas o los gobios, cuya captura se consigue mediante encierro en grandes redes poligonales o redondas. La captura del mejillón atlántico – que ascendía desde su desembocadura en Lisboa hacia sus bancos de pesca se realizaba probablemente en botes o barcasas de 2 o 4 remos, para doble pareja de remeros y las capturas se depositaban en banastos o cestos de esparto o pita tal como se aprecia en una estampa tradicional de principios del siglo XX, estacionándose las naves en presas de troncos construidas al efecto para soltar el enmallado y poder llenar el bote en una decena de serones de esparto, cargados de moluscos. La técnica empleada para la obtención de la lamprea, pez exquisito y de buen gusto



o de las famosas anguilas del Tajo, que figuran como emblema central de un suelo de mosaico desenterrado en la vega baja y perteneciente al pavimento de un palacio del Bajo Imperio y actual emblema de las tartas de mazapán, símbolo culinario de la ciudad, era la de la caña rematada en anzuelo puntiagudo al que se prendía una langosta o saltamontes para que sirviera de cebo. Un apero de pescar ha sido descubierto en la alquería árabe de Santa María de Pejines, perteneciente al municipio de Noez. Consiste en un pequeño gancho de unos 5 cm. de altura y 1 cm. de grosor, hecho en hierro dulce, que colocado en la punta de una pértiga o vara larga o bien atado a un hilo de lino, fuerte y resistente, se habría utilizado, probablemente, en la captura de percas, pescado de pequeño tamaño pero de carne sabrosa y de buen gusto, preparada aún en filetes finos mediante sofrito o a la parrilla, que se capturaría en el vecino arroyo del Guajaraz, distante de la quintería, 1 Km. aprox. y cuya práctica se

encuentra testificada hasta principios de 1950. También la dedicación piscícola de esta factoría, cuyo primer poblamiento está acreditado en época ibérica (*s.V-I a.n.e*), vendría atestiguado por la pesca en su cabecera, 6 Km aguas arriba aprox., del cangrejo ibérico usando la nasa o campana de encierro, consistente en un aparejo en forma de campana, armado con alambre en forma de enrejado de red, que se deposita en los abrevaderos, oculto tras el juncal, dejando abierta la boca con un tirador para la entrada de las piezas. Este tipo de trampas se encuentra documentado en la cuenca del río Guadiana, y el artificio quedaría fijado al fondo mediante dos contrapesos de piedra. Solían colocarse en temporada equinoccial al anochecer para recoger la carga al amanecer del día siguiente y su práctica se mantuvo hasta bien entrados los años 30 del siglo pasado. En el yacimiento arqueológico de la qarya (casa de labranza) de Pejines, a lo largo de sucesivas prospecciones y exploraciones arqueológicas realizadas in situ, se han podido detectar la dispersión de un gran número de escorias férricas, de cierta antigüedad, probablemente relacionadas con la existencia de una fragua, en un poblado

cuya habitabilidad es continuada desde tiempos protohistóricos hasta comienzos del siglo XIX y en dónde aun puede verse un pozo artesiano, cerrado por un brocal de cuatro grandes losas de granito, de unos 100 cm. de largo por 50 cm. de anchura, juntados por